
Mikel Reparaz

Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido



PENÍNSULA

Índice

[PORTADA](#)

[SINOPSIS](#)

[PORTADILLA](#)

[DEDICATORIA](#)

[\[LA ÉPOCA\]](#)

[\[EL VIAJE\]](#)

[PRIMERA PARTE. BALTIMORE](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[SEGUNDA PARTE. TRUMPISTÁN](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[TERCERA PARTE. CHARLOTTESVILLE](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[\[CONTINUARÁ\]](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CRÉDITOS](#)

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos Fragmentos de próximas publicaciones Clubs de lectura con los autores Concursos, sorteos y promociones Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Doscientos cincuenta kilómetros, apenas tres horas por carretera, es la distancia que separa dos tumbas: una en Baltimore y la otra en Charlottesville. Freddie, un joven negro del barrio más pobre de Baltimore, muere a manos de la policía un año y medio antes de la llegada de Donald Trump al poder. Meses después de su toma de posesión, cientos de supremacistas blancos marchan con antorchas por las calles de Charlottesville y Heather es asesinada por un neonazi. No han pasado ni tres años entre las dos muertes, pero en ese tiempo el país —y probablemente todo el mundo occidental— ha cambiado para siempre.

En medio de las turbulencias que conducen a la agonía de George Floyd bajo la rodilla de un policía blanco y a los posteriores disturbios de Minneapolis, el periodista Mikel Reparaz recorre Estados Unidos en busca de historias que ayuden a entender una sociedad dividida por el conflicto racial y las heridas del pasado. Un país en el que el racismo sigue siendo un problema sistémico y en el que la violencia y la muerte de jóvenes negros se han convertido en una noticia recurrente.

Los años de Donald Trump en la Casa Blanca han recrudecido el conflicto hasta un punto de tensión social que parece no tener vuelta atrás. En este recorrido por Estados Unidos el autor ahonda en las raíces del problema y da cuenta de los acontecimientos y los movimientos sociales que explican cómo se abrieron las grietas que resquebrajan hoy el país.

Mikel Reparaz

Las grietas de América

Bajo la piel de un país dividido

PENÍNSULA REALIDAD

*Para Mark, Danel y Mow ,
my sunshine when skies are gray*

[LA ÉPOCA]

No era el mejor de los tiempos, como pregonaban, ni el peor de los tiempos. Ni lo uno ni lo otro. Ni la edad de la sabiduría ni la de la estupidez. Ni de la fe ni de la incredulidad. Había luz y había tinieblas. No fue la primavera de la esperanza ni el invierno de la desesperación. Así son todos los tiempos borrascosos, supongo. Ni blancos ni negros: si acaso, grises y enmarañados. El vendaval quiebra árboles sobre la carretera, las riadas arrastran coches y, mientras, hay niños que ríen y juegan a batallas de almohadas al calor del hogar. Las turbulencias suelen ser, por lo general, incoherentes. Luego acabamos acostumbrándonos a la incoherencia y se asienta la nueva normalidad. Entonces, cuando por fin ha amainado el follón y todo vuelve a parecer en orden, empezamos a ver con cierta lucidez. O eso nos parece. Hasta que arrecia el temporal, de nuevo.

El cielo estaba encapotado, amenazante, cuando dejé Estados Unidos para regresar a Europa después de haber sobrevivido como corresponsal a la tormenta perfecta de la llegada de Donald Trump al poder. Los primeros años de su presidencia fueron vertiginosos y agotadores para los periodistas que cubríamos la actualidad política del país. Creíamos haberlo visto todo, pero nadie estaba preparado para lo que vendría después. Al filo de la década, los años veinte se disponían a tocar tierra como un huracán. La pandemia de coronavirus paró el tiempo, la sombra de la recesión económica global acechaba de nuevo y las protestas contra el racismo se extendían por todo Occidente, desde Minneapolis hasta Londres y París. La lenta agonía de George Floyd, un hombre negro estrangulado bajo la rodilla de un policía blanco, horrorizó al mundo e inflamó las calles. Sus últimas palabras —«¡No puedo respirar!»— se convirtie-

ron en el grito de gran parte del país contra la brutalidad policial y el racismo. El conflicto, una vez más, dejaba a la vista las profundas grietas de la sociedad estadounidense, cada vez más profundas e insalvables.

No es fácil pararse a mirar la brújula entre el fuerte oleaje y los relámpagos. No es fácil escudriñar en qué momento hemos tomado este rumbo ni cómo hemos llegado a esta situación. El desastre de 2020 no tiene precedentes. Millones de personas infectadas por un virus desconocido y miles de muertos en unidades de cuidados intensivos desbordadas; camiones frigoríficos llenos de cadáveres abandonados en las calles de Nueva York, hospitales de campaña en Central Park y fosas comunes en la isla de Hart. Desde la Casa Blanca, mientras, el presidente repite una y otra vez que todo está bajo control, desoyendo a los expertos de su propio Gobierno. La ansiedad cunde en los hogares de todo el país, los nervios están a flor de piel. Miles de seguidores de Trump se manifiestan contra las medidas de confinamiento impuestas por los estados, contra el uso de mascarillas, contra la opresión y la falta de libertad. Milicias armadas de extrema derecha acuden a los llamamientos del presidente a la insurrección. La desinformación y las teorías de la conspiración impregnan las redes sociales. En ese momento, cuando la violencia entra en acción y todo el país ve morir a George Floyd en tiempo real, la tensión salta por los aires. Ha ocurrido otras veces: la violencia es parte esencial de la historia de Estados Unidos. Ocurrió al final de la presidencia de Barack Obama, cuando la policía mató al joven Michael Brown en Ferguson.

A estas alturas, el primer presidente negro de Estados Unidos es un recuerdo lejano. «En un abrir y cerrar de ojos, hemos pasado de *Obamaland* a *Trumpistán* », bromeaba con mis colegas periodistas durante aquella transición traumática. Pasé cinco años en el ojo de la tormenta, cinco años de aventuras e incursiones en todos y cada uno de los cincuenta estados, desde los bosques de secuoyas hasta

las aguas del Golfo, siempre volviendo a la isla de Nueva York, mi refugio. Cinco años que ahora me parecen quinientos. Al volver a Europa me encontré con la repetición de la jugada. Con más o menos éxito, la extrema derecha populista intentaba aplicar la fórmula mágica que llevó hasta lo más alto del panteón olímpico al supervillano de Gotham —sus habilidades: el escapismo, la hipnosis y la estriencia—. Nacionalpopulismo, lo han bautizado. Trump es, sin duda, el auténtico Joker; los demás, imitadores que sobreactúan con aspavientos detrás de sus caretas de payaso. Todos ellos dicen sintonizar con un mismo malestar: la angustia de la clase trabajadora engullida por el abismo de la globalización, deglutida por el liberalismo políticamente correcto y regurgitada con desprecio por las élites económicas e intelectuales.

La tormenta se fue formando lentamente, sin que la mayoría de los meteorólogos de lo humano ni los expertos en cualquier cosa que abundan en los medios de comunicación la vieran venir. La sociedad estadounidense estaba dividida mucho antes de la llegada de Trump al poder. Cuando cubrí la reelección de Bush en 2004, empezaban a verse las grietas. Todo iría a peor cuatro años después, cuando el júbilo retumbó a mi alrededor en el parque Grant de Chicago durante una noche de noviembre con viento sur. Fue una de esas raras veces en las que el adjetivo «histórico» se carga de significado, más allá de clichés periodísticos. «Caen las barreras raciales», proclamó esa misma noche el *New York Times* en su primera edición. Más de una década después, no me caben dudas de que la elección del primer presidente negro de la historia de Estados Unidos estuvo muy lejos de ser la culminación de la conquista de los derechos civiles de las minorías. La utopía posracial que nos cegaba en un momento verdaderamente histórico no era más que un espejismo. En realidad, la presidencia de Obama provocó un cortocircuito en una gran parte de la población estadounidense. La mayoría blanca conservadora se vio

alienada por políticas que llevaban el sello de un presidente negro al que muchos veían como la anti-América —la reforma sanitaria «impuesta por el Gobierno» es un ejemplo paradigmático—. Las zanjas comenzaron a hacerse más profundas; la división, más pronunciada; la crispación, más evidente. La tormenta perfecta comenzaba a tomar forma.

Hoy, el «efecto Trump» avanza como la gota fría por Occidente. Sentada en sillones de Gobierno o atrincherada en la oposición, la extrema derecha y su discurso xenófobo condicionan las políticas europeas mientras los principios de las democracias liberales se tambalean a ambos lados del Atlántico. El liberalismo occidental es una ideología «obsoleta», sentencia Vladimir Putin desde el Kremlin, porque ideas como el multiculturalismo han dejado de ser «sostenibles». El partido de extrema derecha Vox se ha convertido en la tercera fuerza política del Parlamento español, emulando a Alternativa para Alemania en el Bundestag. La Liga de Matteo Salvini, segunda fuerza en Italia, amenaza con volver al poder después de defender la «Fortaleza Europa» desde un Ministerio dedicado a cerrar puertos y fronteras en medio de la crisis migratoria del Mediterráneo. «Europa necesita más Salvinis», exclama el holandés Geert Wilders junto a la francesa Marine Le Pen mientras suena un aria de Puccini en la plaza del Duomo de Milán. La Europa Oriental de Orbán y Kaczynski, decepcionada con el sueño europeo, se escurre aún más hacia el este en su deriva autoritaria. Mientras, en el extremo atlántico, Boris Johnson empuja irremediabilmente al Reino Unido hacia el desfiladero del *brexít* (el borde del mundo, en términos terraplanistas).

En ese contexto, nos adentramos en los locos años veinte con la incertidumbre sobre nuestras cabezas. La *belle époque* de nuestra generación ya pasó, declaramos con resignación. Los felices 2000, renacidos de las cenizas de las dos torres, duraron poco y nunca volverán. La burbuja de la prosperidad estalló. Llegaron tiempos llenos de amenazas y

miedos. Y con el miedo viene la desconfianza hacia el diferente, el extremismo y el odio. Un gran negocio para quien sepa aprovecharlo en beneficio propio. Como las empresas de seguridad privada que venden sistemas de alarma puerta a puerta, metiendo el canguelo en el cuerpo a ancianas solitarias y a padres de familia preocupados. Igual que el Joker y sus discípulos. La pesca es abundante en el caladero del miedo.

Pero este no es un libro sobre las desventuras políticas de Occidente; tampoco sobre las aventuras de un corresponsal. Ni sobre el fascismo rampante ni sobre el antifascismo constante. Tampoco es un libro sobre Donald Trump; ni todo lo contrario. Este es un libro sobre un conflicto que, solo en parte, explica lo que ha ocurrido en Estados Unidos en los últimos años y lo que puede venir en los próximos. Es un libro, quizá, sobre la cara oculta de la primera democracia moderna; o sobre su cara más evidente. Sobre las desigualdades que construyeron el país desde la Revolución, sobre el poder de la supremacía blanca y la Resistencia que la combate desde el principio. Y, sí, también es un libro sobre la América de Trump. Sobre la crispación que crepita bajo la piel de un país dividido y distorsionado.

[EL VIAJE]

El autobús destartalado desciende los Apalaches por un tobogán gigante hacia la costa atlántica. Al fondo a la derecha, junto a la bahía de Chesapeake, nos espera Baltimore. La cadena montañosa que separa la Costa Este de las planicies del Medio Oeste es mucho más modesta que los Pirineos (en esta zona ningún pico alcanza más de mil metros). Mis Pirineos son crestas de roca caliza cortantes como hachas de sílex. Aquí, en cambio, la mullida vegetación cubre con pudor hasta los montes más altos, redondeados, desgastados por la edad. Los Pirineos son jóvenes y vigorosos; los Apalaches, viejos y chatos, transmiten serenidad.

Ambas cordilleras son frontera. Frontera eterna. Pero aquí no hay Carlomagno ni Roncesvalles que valga. Cuando los salvajes celtas se adentraron en los bosques de hayas y abedules siguiendo los senderos indios, pasaron sin mayor dificultad. Venían de guerras europeas sangrientas. Huían con un cuchillo entre los dientes, violentos y feroces. Los pacíficos conestogas, hoy un pueblo extinto, no tuvieron más remedio que doblegarse ante los invasores. Más tarde, cuando los colonos se hicieron con todo su territorio y se aceleró el exterminio de los habitantes originales, una banda de bárbaros irlandeses y escoceses conocidos como los *Paxton Boys* degolló, mutiló y arrancó la cabellera a los veinte últimos conestogas. Entre ellos había ancianos, mujeres y niños. Con aquella masacre desaparecieron para siempre, junto a su antigua lengua iroquesa, sin dejar rastro ni leyenda. Sin la épica de las grandes gestas pirenaicas.

El tobogán gigante es la Autopista de Pensilvania, una gran rampa de cemento completada en 1940. La primera carretera de peaje de Estados Unidos, trazada sobre el antiguo ferrocarril de Pensilvania Sur. Recorre en paralelo la lí-

nea Mason-Dixon. La otra frontera. Si los Apalaches marcan el confín entre el Este y el Oeste —las prósperas ciudades de la costa a un lado y el interminable maizal continental al otro—, la Línea es la frontera entre el Norte y el Sur. Como una cicatriz marcada a cuchillo sobre la piel de un país rehén de su pecado original: la esclavitud al Sur, la libertad al Norte. Es cierto que hay muchos matices y las realidades a ambos lados de la línea Mason-Dixon han variado con el paso de los años. Sin embargo, la historia ha hecho de Estados Unidos un territorio de dos países zurcidos por la costura que tejieron dos astrónomos ingleses en el siglo XVIII. A Charles Mason y a Jeremiah Dixon les precedía su fama de aventureros indomables. Volvían de un largo viaje para observar por primera vez el tránsito de Venus desde ambos hemisferios cuando los contrataron los propietarios de las colonias de Maryland y Pensilvania. El barón Baltimore y la familia Penn querían delimitar las lindes de sus territorios y, con ese objetivo, los dos astrónomos se adentraron hasta tierras incógnitas del Nuevo Mundo, más allá de los Apalaches. El trabajo de Dixon debió de dejar huella. Al lado sur de la Línea lo llaman, desde entonces, Dixie.

Cruzamos el río Conococheague, afluente del Potomac, que baja marrón y crecido. La niebla cerrada de las montañas se condensa en pequeñas perlas sobre las ventanillas del Greyhound, el autobús azul con un galgo pintado en su costado. Símbolo de la América que se mueve en transporte público, la que no tiene vehículo propio y es demasiado pobre como para comprar un billete de avión o llamar un taxi. La América que vive en los márgenes de la cultura de la clase media estadounidense. Libres de la dictadura del vehículo privado y la gasolina barata. También, en el fondo, abandonados a su suerte en un desierto de asfalto. El veterano de guerra Fox es uno de esos desterrados. Escucha música con la cabeza atenazada entre sus grandes auriculares azul celeste. Mira una película, farfulla palabras incom-

prensibles y devora varias bolsas de doritos, todo al mismo tiempo, sin inmutarse. A ratos me mira con desconfianza. Seguramente porque no le quito ojo desde el otro lado del pasillo. Imposible apartar la mirada. Su gorra de letras mayúsculas: AFRICA. Su guerrera de camuflaje con la bandera de barras y estrellas en el brazo. Las pulseras de cuentas de caoba y conchas. La perilla blanca salpicada de migas anaranjadas sobre la tez carbón. Sigue triturando doritos. Falta una hora para llegar a Baltimore. Lo sé porque ya hemos cruzado el Conococheague.

El terreno aquí es más llano, pero el autobús escacharrado se desliza impulsado aún por la inercia del tobogán. Suficiente para alcanzar sin problemas nuestro destino. Baltimore, esa ciudad pixelada de ladrillos rojos, fumaradas y adoquines gastados al sol. Esa ciudad, al sur de la Línea y al este de los Apalaches, donde empieza mi viaje. Un viaje de doscientos cincuenta kilómetros, apenas tres horas por carretera si se conduce sin parar. Es la distancia que separa Baltimore y Charlottesville, la distancia que me dispongo a recorrer en este tercer verano de la era Trump. Pero yo me tomo varios días para completarla. Entre las dos ciudades, se tome la carretera que se tome, es inevitable pasar por la capital. Washington —la fantasía faraónica de los padres fundadores— es donde se produce el relevo del poder al frente de la más poderosa democracia liberal del mundo. El altar donde contemplé, en vivo y en directo, la metamorfosis de Trump ante las masas enfurecidas. Es también la bisagra simbólica de dos etapas, dos ideas diferentes del país y del mundo.

De Baltimore a Charlottesville, pasando por Washington. Es también un viaje entre dos tumbas, dos muertes trágicas muy diferentes con muchos aspectos en común. Arrancó cuando a un joven negro le rompieron el cuello dentro de un furgón policial en uno de los barrios más pobres y violentos del continente. Uno más. Sin embargo, los disturbios que siguieron a aquellos hechos infaustos en Baltimore lle-

varon, en una inaudita sucesión de acontecimientos, a Charlottesville, donde una mujer antirracista fue asesinada por un terrorista neonazi. Dos años después de las revueltas negras, los zombis supremacistas salían de los cementerios a las calles de la ciudad universitaria sureña con toda su parafernalia de odio y de muerte.

La estación de autobuses de Baltimore, aislada en el patio trasero de un gran casino en los suburbios, me resulta extraña y misteriosa, como si nunca antes hubiera pisado esta ciudad. La sala de espera, donde estiran piernas y brazos los viajeros recién desembarcados, transmite ese aire de profunda tristeza que describía Kerouac cuando, sin levantar la vista del suelo, no veía más que colillas y escupitajos. La gran mayoría de los pasajeros son de tez oscura. Entre ellos Fox, el veterano de Irak triturador de doritos, quien busca con prisa en el panel de salidas la conexión que le llevará a su soñada Florida de palmeras y playas blancas. Lleva todas sus pertenencias en un macuto de lona al hombro y varias bolsas de plástico. Le he creído entender que tiene una hija cerca de Orlando a la que no ve desde hace muchos años. Siempre ha querido ir, me ha contado en el autobús, pero no ha podido hasta ahora. Le deseo suerte y lo pierdo entre cuerpos de gran tonelaje que rebotan entre sí, estudiantes flacuchas desorientadas, vagabundos con nombres enigmáticos tatuados en el cuello y una pareja de borrachos sin camisa apoyados en la pared, junto al puesto de perritos calientes.

En los últimos años he pasado por Baltimore una y otra vez y sin embargo me siento fuera de lugar. Nunca antes había venido en autobús. Siempre en tren desde Nueva York o en coche por la autopista de la costa. Camino a Washington o expresamente a Baltimore para cubrir, generalmente, malas noticias. Pero esta vez he decidido no conducir. Necesito tiempo para escribir —repito el mantra dentro de mi cabeza— y las horas al volante son horas perdidas.